

E. M. Forster
Donde los ángeles
no se aventuran

Novela



Por el autor de
«Habitación con vistas» y «Maurice»

Situada en Monteriano, localidad imaginaria de la Toscana cuyo modelo real es San Gimignano, el libro se centra en las reacciones inesperadas y violentas que provoca en un grupo de ingleses de buena crianza una situación que rebasa los límites de su experiencia. El agente catalizador es la boda de la viuda Lilia Herriton con un italiano doce años más joven que ella, Gino; y el tema fundamental del relato es el contraste entre las pautas de conducta inglesas y el comportamiento de Gino.

Irónica en unos pasajes y grave en otros, tan certera en su sátira de las hipocresías sociales como en la sutileza de su observación psicológica, esta primera novela de E. M. Forster, revela ya la maestría característica del escritor.

1

Estaban todos en Charing Cross para despedir a Lilia — Philip, Harriet, Irma y la propia *Mrs. Herriton*—. Incluso *Mrs. Theobald*, acompañada de *Mr. Kingcroft*, había hecho frente a un viaje desde Yorkshire para decir adiós a su única hija. *Miss Abbott* también estaba asistida por numerosos parientes, y el panorama de tanta gente hablando al mismo tiempo y diciendo cosas tan dispares hacía que Lilia estallara en incontrolables carcajadas.

—Es toda una ovación —gritó, dejándose caer fuera del vagón de primera clase—. Nos van a tomar por miembros de la familia real. Oh, *Mr. Kingcroft*, tráiganos unos calientapiés.

El amable joven se fue corriendo y Philip, ocupando su lugar, la desbordó con una última retahíla de órdenes y consejos: dónde detenerse, cómo aprender italiano, cuándo utilizar mosquiteras, qué cuadros mirar.

—Recuerda —concluyó Philip— que la única manera de llegar a conocer el país es descarrillando. Tenéis que ver los pueblos pequeños: Gubbio, Pienza, Cortona, San Gimignano, Monteriano. Y, permite que te lo ruegue, no vayas con esa horrible idea del turista de que Italia sólo es un museo de arte y antigüedades; ama y comprende a los italianos, porque la gente es más maravillosa que la tierra.

—¡Cuánto me gustaría que vinieras, Philip! —dijo Lilia, halagada por la insólita atención que su cuñado le prestaba.

—También me gustaría a mí.

Hubiera podido arreglárselas para ir sin demasiadas dificultades, ya que su trabajo de abogado no era tan intenso como para impedirle unas vacaciones de vez en cuando. Pero la familia no aprobaba sus asiduas visitas al continente, y él mismo disfrutaba a menudo con la idea de que estaba demasiado ocupado para salir de la ciudad.

—Adiós, queridos todos. ¡Qué mareo! —Reparó en su hija Irma, y le pareció que la ocasión requería una nota de solemnidad maternal—. Adiós, querida. Pórtate bien, y haz lo que te diga la abuelita.

No se refería a su madre, sino a su madre política, *Mrs. Herriton*, la cual odiaba el título de «abuelita».

Irma alzó, para que se lo besara, un rostro grave y dijo con cautela:

—Haré todo lo posible.

—Seguro que será buena —dijo *Mrs. Herriton*, que se mantenía, pensativa, algo apartada del alboroto. Pero Lilia ya estaba llamando a *Miss Abbott*, una joven bastante bonita, alta y seria, que llevaba su despedida de un modo más decoroso en el andén.

—¡Caroline, mi Caroline! Sube de un salto, o tu carabina se irá sin ti.

Y Philip, que siempre se embriagaba con la idea de Italia, volvió a hablarle de los momentos supremos de su prometedor viaje: la Campanile de Airolo, que se le echaría encima cuando emergiera del túnel de San Gotardo, presagiando el futuro; la vista del Ticino y del lago Maggiore cuando el tren se encaramara a las faldas del monte Ceneri; la vista del Lugano, la vista del Como —Italia se acumulaba tupida a su alrededor—, la llegada a su primer lugar de descanso, cuando, después de un largo trayecto por calles sucias y oscuras, contemplaría por fin, entre el rugido de los tranvías y la luz deslumbrante de los faroles de arco, los contrafuertes de la catedral de Milán.

—¡Pañuelos y cuellos —vociferó Harriet—, en mi caja damasquinada! Te he prestado mi caja damasquinada.

—¡Mi querida Harry!

Lilia volvió a besarlos a todos, y se hizo un momento de silencio. Todos sonreían fijamente, excepto Philip, que tosía en medio de la niebla, y la anciana *Mrs. Theobald*, que se había puesto a llorar. *Miss Abbott* subió al vagón. El jefe de tren en persona cerró la puerta y le dijo a Lilia que todo iría bien. Entonces el tren se puso en marcha, y con él todos se desplazaron un par de pasos, agitaron pañuelos y dieron grititos de alegría. En aquel momento apareció *Mr. Kingcroft*, con el calentapiés cogido por ambos extremos, como si se tratara de la bandeja del té. Lamentaba haber llegado demasiado tarde, y gritó con voz temblorosa:

—Adiós, *Mrs. Charles*. Que usted lo pase bien, y que Dios la bendiga.

Lilia sonrió y asintió con la cabeza, pero luego la absurda imagen del calentapiés pudo más que ella, y se echó a reír de nuevo.

—¡Oh, lo siento! —gritó—. Pero es que tiene un aspecto tan divertido... ¡Oh, están todos tan divertidos agitando las manos! ¡Oh, por favor! —Y riéndose incontinentemente fue transportada hacia la niebla.

—Muchos ánimos para empezar un viaje tan largo —dijo *Mrs. Theobald*, frotándose los ojos.

Mr. Kingcroft hizo un gesto solemne con la cabeza para manifestar su conformidad.

—Me hubiera gustado —dijo— que *Mrs. Charles* llevara su calentapiés. Estos mozos londinenses no prestan ninguna atención a los campesinos.

—Pero usted hizo todo lo posible —dijo *Mrs. Herriton*—. Y me parece verdaderamente generoso de su parte que haya traído a *Mrs. Theobald* desde tan lejos en un día como éste. —Entonces, un poco precipitadamente, le estrechó la mano, y dejó que el joven condujera de regreso a *Mrs. Theobald*.

Sawston, donde ella vivía, estaba muy cerca de Londres, y no llegaron tarde para la cena. Se sirvió en el comedor, y

había un huevo para Irma, para que la niña no perdiera los ánimos. Parecía extraño que la casa estuviera tan tranquila y silenciosa después de quince días de ajetreo. La conversación fue irregular y en voz baja. Se preguntaban si las viajeras habrían llegado a Folkestone, si el mar estaría muy agitado y, de ser así, qué le ocurriría a la pobre *Miss Abbott*.

—Abuelita, ¿cuándo llegará el barco a Italia? —preguntó Irma.

—«Abuela», querida; no «abuelita» —dijo *Mrs. Herriton*, dándole un beso—. Y se dice «buque» o «buque de vapor», no «barco». Los barcos tienen velas. Además, tu madre no hará todo el viaje por mar. Si miras el mapa de Europa, verás por qué. Acompáñala, *Harriet*. Ve con tía *Harriet*, y te enseñará el mapa.

—¡Vale! —respondió la niña, y arrastró a la poco dispuesta *Harriet* hacia la biblioteca.

Mrs. Herriton y su hijo se quedaron solos, e inmediatamente entre ellos reinó la confianza.

—Aquí comienza una nueva vida —comentó *Philip*.

—¡Pobre chiquilla, qué vulgar! —murmuró *Mrs. Herriton*—. Y lo sorprendente es que no sea peor. Pero se parece al pobre *Charles*.

—Y, ¡ay, ay!, a la anciana *Mrs. Theobald*. ¿Qué horrible aparición fue ésa? Yo creía que, además de ser imbécil, estaba postrada en cama. ¿Por qué demonios vino?

—*Mr. Kingcroft* la hizo venir. Estoy segura. Quería volver a ver a *Lilia*, y era la única manera de conseguirlo.

—Espero que haya quedado satisfecho. No me pareció que mi cuñada se distinguiera con su despedida.

Mrs. Herriton se estremeció.

—No me importa, la cuestión es que se ha ido, con *Miss Abbott*. Encuentro mortificador que una viuda de treinta y tres años necesite a una chica diez años más joven para que cuide de ella.

—Compadezco a *Miss Abbott*. Por suerte, uno de sus admiradores se halla encadenado a Inglaterra. *Mr. Kingcroft* no puede abandonar la cosecha, el clima, o alguna otra cosa. Además, tengo la impresión de que hoy no ha incrementado sus probabilidades de éxito. Tanto él como Lilia tienen el don de comportarse de un modo absurdo en público.

—A un hombre que no esté bien educado ni bien relacionado, y no sea rico ni atractivo, incluso Lilia puede rechazarlo a tiempo —replicó *Mrs. Herriton*.

—No. Yo creo que ella sería capaz de aceptar a cualquiera. Hasta el último momento, cuando ya estaban listas las maletas, Lilia estuvo «jugando» al monaguillo flojo. Ambos monaguillos son de carácter débil, pero el suyo era el que tenía las manos más húmedas. Los encontré en el parque. Estaban hablando del Pentateuco.

—¡Hijo mío! Ha ido empeorando, caso de ser posible. ¡Tu idea del viaje a Italia nos ha salvado!

Philip se animó con el cumplido.

—Lo raro es que se lo tomara con tanta pasión... siempre pidiéndome información. Por supuesto, yo estaba encantado de proporcionársela. Admito que es una filisteia, espantosamente ignorante, y con un gusto espurio respecto al arte. No obstante, tener algún tipo de gusto ya es algo. Y estoy convencido de que Italia ennoblece y purifica realmente a todo el que la visita. Es, al mismo tiempo, la escuela y el terreno de juego del mundo. El hecho de que quiera ir allí la honra realmente.

—Hubiera ido a cualquier parte —dijo su madre, que ya había oído suficientes elogios de Italia—. Yo y *Caroline Abbott* tuvimos grandes dificultades para disuadirla de la Riviera.

—No, madre; no. Estaba verdaderamente entusiasmada con Italia. Para ella este viaje es crucial.

Philip encontraba que la situación tenía un encanto peregrino: había algo mitad atractivo, mitad repelente, en la

idea de que aquella mujer vulgar viajara a los lugares que él amaba y reverenciaba. ¿Por qué no iba a transfigurarse? A los godos les había sucedido.

Mrs. Herriton no creía en el encanto, ni en la transfiguración, ni en las analogías históricas, ni en ninguna otra cosa que pudiera perturbar la vida doméstica. Con gran habilidad, cambió de tema antes de que Philip se entusiasmara. Poco después regresó Harriet, que ya había terminado con la lección de geografía. Irma se fue a la cama temprano, y fue arrojada por su abuela. Luego, las dos señoras de la casa trabajaron y jugaron a cartas. Philip leía un libro. Y de este modo, todos se asentaron en su productiva existencia privada, prolongándola sin interrupción durante el invierno.

Hacía casi diez años que Charles se había enamorado de Lilia Theobald porque era bonita, y durante todo aquel tiempo *Mrs. Herriton* apenas había tenido un momento de descanso. Durante seis meses estuvo intrigando para impedir el matrimonio, y cuando éste se hubo consumado, se dedicó a otra tarea: la supervisión de su nuera. Lilia tenía que ser conducida por la vida sin que desacreditara a la familia con la que había emparentado. Contaba con la ayuda de Charles, de su hija Harriet, y, cuando tuvo edad suficiente, de Philip, el inteligente de la familia. El nacimiento de Irma todavía dificultó más las cosas. Pero, afortunadamente, la anciana *Mrs. Theobald*, que había intentado interferir, empezó a flaquear. Le representaba un esfuerzo salir de Whitby, y *Mrs. Herriton* desalentaba el esfuerzo en la medida de lo posible. El curioso duelo que se bate por todos los bebés se batió y se decidió muy pronto. Irma pertenecía a la familia de su padre, no a la de su madre.

Charles murió, y volvió a empezar la contienda. Lilia intentó reafirmarse, y dijo que iría a ocuparse de *Mrs. Theobald*. Se requirió toda la amabilidad de *Mrs. Herriton* para evitarlo. Por fin, tomaron una casa para ella en Sawston, donde vivió con su hija durante tres años, continuamente

sometida a las influencias de refinamiento de la familia de su marido.

En una de sus raras visitas a Yorkshire renacieron los conflictos. Lilia confió a una amiga que le gustaba mucho un tal *Mr. Kingcroft*, pero que no eran exactamente novios. Las noticias llegaron hasta *Mrs. Herriton*, la cual escribió inmediatamente, pidiendo información y observando que Lilia tenía o no tenía novio, ya que no existía estado intermedio. Era una buena carta, y puso a Lilia sumamente nerviosa. Dejó a *Mr. Kingcroft* sin necesidad siquiera de una partida de rescate. Al regresar a Sawston se hartó de llorar, y dijo que lo sentía mucho. *Mrs. Herriton* aprovechó la oportunidad para hablarle de los deberes de la viudedad y la maternidad con mayor seriedad de la que había utilizado hasta aquel momento. Pero a partir de entonces las cosas no funcionaron jamás a la perfección. Lilia no lograba acostumbrarse a ocupar el lugar que le correspondía entre las matronas de Sawston. Era una pésima ama de casa, siempre metida de lleno en alguna crisis doméstica que acababa resolviéndose con la intervención de *Mrs. Herriton*, quien conservaba a sus sirvientes durante años. Permitía que Irma faltara al colegio sin motivos suficientes, y le daba permiso para llevar anillos. Aprendió a montar en bicicleta, para pasear por los alrededores, y un domingo al atardecer se deslizó cuesta abajo por la calle mayor y al llegar a la curva de la iglesia se cayó. De no haberse tratado de un miembro de la familia, hubiera resultado divertido. Pero incluso Philip, que en teoría disfrutaba ultrajando las convenciones inglesas, se puso a la altura de las circunstancias y le echó un sermón que Lilia recordaría hasta el fin de sus días. Fue también entonces cuando descubrieron que seguía permitiendo que *Mr. Kingcroft* le mandara cartas «como amigo y caballero» y regalos para Irma.

A Philip se le ocurrió Italia, y la situación se salvó. Caroline, la encantadora y sensata Caroline Abbott, que vivía dos esquinas más abajo, buscaba acompañante para viajar du-

rante un año. Lilia dejó su casa, vendió la mitad de sus muebles, dejó a Irma a cargo de *Mrs. Herriton*, y se marchó, con la aprobación universal, a un nuevo escenario.

Durante el invierno les escribía con frecuencia —con mayor frecuencia que a su madre—. Las cartas eran siempre positivas. Florencia le pareció una perfecta maravilla, Nápoles, un sueño, aunque olía demasiado. En Roma lo único que había que hacer era quedarse quieto y sentir. Sin embargo, Philip declaró que estaba mejorando. Estuvo particularmente satisfecho cuando, a principios de primavera, Lilia empezó a visitar las ciudades pequeñas y los pueblos que él le había recomendado. «En un lugar como éste —escribía—, uno se siente realmente en el corazón de las cosas, y fuera del camino trillado. Cuando cada mañana miras por una ventana gótica, parece imposible que la Edad Media haya quedado atrás». La carta venía de Monteriano, y concluía con una descripción muy aceptable de aquel pueblo maravilloso.

—Que esté contenta ya es algo —dijo *Mrs. Herriton*—. Pero nadie podría vivir tres meses con Caroline Abbott y no haber mejorado gracias a su proximidad.

Justo en aquel momento, Irma llegaba del colegio, y *Mrs. Herriton* le leyó la carta de su madre, corrigiendo con atención los errores gramaticales, porque era fiel partidaria de la autoridad de los padres. Irma escuchó cortésmente, pero en seguida cambió de tema para hablar de hockey, que la absorbía en cuerpo y alma. Aquella tarde tenían que votar los colores —amarillo y blanco o amarillo y verde—. ¿A su abuela qué le parecía?

Por supuesto, *Mrs. Herriton* tenía una opinión, que expuso sosegadamente, a pesar de Harriet, que dijo que para los niños los colores eran innecesarios, y de Philip, que dijo que eran feos. Cada vez estaba más orgullosa de Irma, la cual realmente había hecho grandes progresos, y ya no se la podía tachar del más espantoso de los calificativos: una criatura vulgar. Estaba ansiosa por formarla antes de que su

madre regresara, por lo que no se opuso a los pausados movimientos de las viajeras, y llegó a sugerir que se quedarán más de un año si así les convenía.

La siguiente carta de Lilia era también de Monteriano, cosa que entusiasmó a Philip.

—¡Llevan allí más de una semana! —exclamó—. ¡Vaya! Yo mismo no hubiera llegado a tanto. Debe de gustarles mucho, porque el hotel no es de los más confortables.

—No entiendo a la gente —dijo Harriet—. ¿Qué estarán haciendo durante todo el día? Y me imagino que allí no hay iglesias.

—Está Santa Deodata, una de las más hermosas iglesias de Italia.

—Me refería, naturalmente, a una iglesia inglesa —respondió Harriet con tono tajante—. Lilia me había prometido que los domingos estaría siempre en ciudades grandes.

—Si asiste a un oficio en Santa Deodata, encontrará más belleza y sinceridad allí que en todas las Cocinas Traseras de Europa.

Cocina Trasera era el apodo que Philip le había dado a la iglesia de St. James's, un edificio pequeño y sórdido muy frecuentado por su hermana. Harriet siempre tomaba a mal el menor desaire que se le hiciera, y Mrs. Herriton tuvo que intervenir.

—Vamos, queridos, no discutáis. Escuchad la carta de Lilia. «Adoramos este lugar, y no sé si podré jamás agradecer a Philip que me hablara de él. No es por el mero hecho de que sea tan pintoresco, sino también porque aquí vemos a los italianos en toda la pureza de su encanto y sencillez. Los frescos son maravillosos. Caroline, que cada día es más buena y agradable, está muy ocupada dibujando».

—¡A gusto de cada cual! —dijo Harriet, que siempre soltaba un lugar común a guisa de epigrama. Estaba extrañamente virulenta con Italia, país que nunca había visitado, dado que su única experiencia del continente consistía en seis semanas fortuitas en la Suiza protestante.

—¡Oh, qué mala es Harriet! —dijo Philip en cuanto salió de la sala.

Su madre se echó a reír y le respondió que se portara bien; y la aparición de Irma, a punto de irse a la escuela, impidió que se prolongara la discusión. Que los niños son elementos conciliadores no es mera propaganda.

—Espera un momento, Irma —dijo su tío—. Yo voy a la estación. Te ofrezco el placer de mi compañía.

Salieron juntos. Irma estaba satisfecha y orgullosa, pero la conversación languidecía, porque Philip no tenía el don de hablar con los jóvenes. *Mrs. Herriton* se quedó un rato más sentada a la mesa del desayuno, releyendo la carta de Lilia. Luego, ayudó a la cocinera a recoger, dio instrucciones respecto a la cena y encargó a la doncella que limpiara el salón a fondo, porque los martes así estaba dispuesto. Hacía un día espléndido, y pensó que podía ocuparse un poco del jardín, ya que era bastante temprano. Llamó a Harriet, que se había recuperado del insulto a St. James's, se fueron las dos al huerto y empezaron a plantar algunas verduras tempranas.

—Dejaremos los guisantes para el final; es lo más divertido —dijo *Mrs. Herriton*, que tenía la virtud de convertir el trabajo en placer.

Ella y su hija primogénita se llevaban siempre muy bien, aunque no tenían mucho en común. La educación de Harriet había sido quizá demasiado lograda. Como Philip había observado una vez, Harriet había engullido todas las virtudes cardinales y no podía digerirlas. Aunque era piadosa y patriota, y una gran baza moral para la casa, carecía de aquel tacto y aquella flexibilidad que tanto valoraba su madre y que había esperado que adquiriera por sí misma. De habérselo permitido, Harriet hubiera roto abiertamente con Lilia, y, peor aún, lo mismo hubiera hecho con Philip dos años antes, cuando regresó lleno de pasión por Italia y ridiculizando Sawston y sus costumbres.

—¡Es una vergüenza, madre! —había gritado—. Philip se ríe de todo: del Club del Libro, de la Asociación de los Debates, del Whist Progresivo, de los bazares. A la gente no le va a gustar. Nosotros tenemos nuestra reputación. Una casa dividida no se aguanta.

Mrs. Herriton había contestado con aquellas palabras memorables: «Deja que Philip diga lo que quiera, y él nos dejará hacer lo que queramos». Y Harriet había asentido.

Primero plantaron las verduras más monótonas, y una agradable sensación de justo cansancio las invadió cuando iban a ocuparse de los guisantes. Harriet tendió una cuerda para que la hilera saliera recta, y Mrs. Herriton escarbó un surco con un palo puntiagudo. Al terminar, echó un vistazo al reloj.

—¡Son las doce! Ha llegado el segundo correo. Corre a ver si hay carta.

Harriet no quería ir.

—Terminemos los guisantes. No habrá ninguna carta.

—No, querida; ve, por favor. Yo plantaré los guisantes, pero tú los cubrirás... ¡y cuidado que no te vean los pájaros!

Mrs. Herriton se esmeró en que los guisantes resbalaran uniformemente de su mano, y al llegar al final de la hilera le pareció que jamás había sembrado mejor. Además, eran caros.

—¡De Mrs. Theobald! —dijo Harriet al regresar.

—Léeme la carta. Tengo las manos sucias. ¡El papel arrugado es insoportable!

Harriet abrió el sobre.

—No lo comprendo —dijo—, no tiene ningún sentido.

—Sus cartas nunca lo tuvieron.

—Pero esta vez tiene que ser más absurdo que de costumbre —dijo Harriet, y empezó a temblarle la voz—. Fíjate en eso, léelo, madre; no tiene ni pies ni cabeza.

Mrs. Herriton cogió la carta con un ademán de indulgencia.

—¿Dónde está la dificultad? —preguntó, después de una larga pausa—. ¿Qué es lo que te desconcierta de esta carta?

—El significado... —dijo titubeando Harriet. Dando saltitos, los gorriones se aproximaban cada vez más y empezaron a mirar los guisantes.

—El significado está bastante claro... Lilia se ha prometido en matrimonio. No llores, querida; hazme el favor de no llorar... No digas nada. Es más de lo que podría soportar. Va a casarse con alguien que ha conocido en un hotel. Coge la carta y léela tú misma. —De repente, estalló por lo que podría considerarse un detalle menor—. ¡Cómo se atreve a no decírmelo directamente! ¡Cómo se atreve a escribir primero a Yorkshire! ¡Por favor! ¿Tengo que enterarme a través de *Mrs. Theobald*... una carta condescendiente e insolente como ésta? ¿Acaso no tengo ningún derecho? ¡Eres testigo, querida... —la pasión la sofocaba—, eres testigo de que por esta razón jamás la perdonaré!

—Oh, ¿qué hay que hacer? —gimió Harriet—. ¿Qué tenemos que hacer?

—¡Esto lo primero! —Rompió la carta en pequeños fragmentos y los esparció por el mantillo—. ¡Lo siguiente, un telegrama a Lilia! No: un telegrama a *Miss Caroline Abbott*. Ella también tiene algo que explicar.

—Oh, ¿qué hay que hacer? —repetía Harriet, siguiendo a su madre hacia la casa. Se sentía indefensa ante tamaña desfachatez. ¿Qué cosa tan horrible...? ¿Qué persona tan horrible había encontrado Lilia? «Alguien del hotel». Era lo único que especificaba la carta. ¿Qué clase de persona? ¿Un caballero? ¿Inglés? La carta no lo decía.

—«Telegrafía razón de permanecer en Monteriano. Extraños rumores» —leyó *Mrs. Herriton*, y dirigió el telegrama a *Abbott, Stella d'Italia, Monteriano, Italia*—. Si allí tienen oficina —añadió—, tal vez tengamos la respuesta esta tarde. Philip vuelve a las siete, y el de las ocho quince empalma con el barco que sale de Dover a medianoche... Ha-

rriet, cuando salgas con esto, saca del banco cien libras en billetes de cinco libras.

—Pero por qué... qué...

—Ve, inmediatamente; no digas nada. Veo que Irma ya está aquí, ve rápidamente... Bien, querida Irma, ¿en qué equipo juegas esta tarde... en el de *Miss Edith* o en el de *Miss May*?

Pero tan pronto se hubo comportado con normalidad con su nieta, fue a la biblioteca y sacó el atlas grande, porque quería informarse sobre Monteriano. El nombre estaba impreso en el tipo de letra más pequeño, en medio de un embrollo de montes de un marrón borroso llamados «Sub-Apeninos». No estaba muy lejos de Siena, de la cual le habían hablado en el colegio. A cierta distancia serpenteaba una línea negra y fina, cortada en pequeñas muescas como una sierra, y comprendió que se trataba de una vía férrea. Pero el mapa dejaba muchas cosas a la imaginación del lector, y *Mrs. Herriton* no tenía ninguna imaginación. Consultó el *Childe Harold*, pero Byron no había estado en Monteriano. Tampoco lo había visitado Mark Twain en *Tramp Abroad*. Se habían agotado los recursos literarios; tenía que esperar hasta que Philip llegara a casa. Al pensar en Philip, se le ocurrió probar en su habitación, y allí encontró Italia central, de Baedeker, lo abrió por primera vez en su vida y leyó lo siguiente:

MONTERIANO (hab. 4800). *Hoteles*: Stella d'Italia, categoría media; Globo, baja categoría. Caffé Garibaldi. Oficina de Correos y Telégrafos en Corso Vittorio Emmanuele, junto al Teatro. Fotografías en Seghena (más baratas en Florencia). Diligencia (1 lira) a la llegada de los trenes principales.

Principales atracciones (2-3 horas): Santa Deodata, Palazzo Publico, Sant'Agostino, Santa Caterina, Sant' Ambrogio, Palazzo Capocchi. Guía (2 liras), innecesario. Bajo ningún concepto puede omitirse el paseo alrededor de las Murallas. La mejor vista panorámica desde la Rocca (módica propina) se da a la puesta del sol.

Historia: Monteriano, el Mons Rianus de la Antigüedad, cuyas tendencias guibelinas fueron observadas por Dante (*Purg.* XX), se eman-